

## LA PRESENCIA AFRICANA EN LA FORMACIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL

Daniel Vidart

En este año del 2007, el día dedicado a la exhibición y exaltación del patrimonio nacional uruguayo que antes de las copiosas inmigraciones operadas a partir del primer tercio del siglo XIX se expresaba, aunque sin celebraciones oficiales, en el patrimonio “oriental”, tiene como protagonistas a la presencia tangible y la herencia intangible de la negritud radicada en nuestro territorio en la época colonial. En esta oportunidad la evocación de los portadores de dicho patrimonio se remite, por decisión oficial, a las figuras de tres populares e ineludibles referentes femeninos como fueron Marta Gularte, Rosa Luna y Lágrima Ríos. Demás está decir que el cosmos histórico desborda los microcosmos biográficos, aunque existe entre ellos una constante relación dialéctica : la *life history* de los antropólogos o la *little history* de los historiadores son el sustrato personal, el humus psíquico, el grano que está antes y el fruto que viene después de la *Great History*.

La Academia Nacional de Letras me ha encomendado que me refiera en esta fecha a los rasgos, pautas y complejos culturales traídos por los esclavos africanos y difundidos por sus descendientes. Demás está decir que agradezco este gesto que reconoce y, sobre todo, honra, mi atrevida y riesgosa vocación de atreverme a preguntar, desde mi lejana juventud, por los significados del “¿cómo somos?” y del “¿quiénes somos? los habitantes de nuestra patria. Las anteriores preguntas acerca del “cómo somos” y del “quiénes somos” los constructores de nuestros paisajes humanizados y nuestras concepciones del mundo - la una enderezada hacia la identificación descriptiva e interpretativa del Ser Uruguayo, y la otra hacia la identidad existencial y afectiva que asumen, o reclaman, el Yo íntimo y el Nosotros colectivo subyacentes en las subculturas donde se expresan el *ethnos* y el *ethos* de nuestro pueblo - son locuciones complementarias pero no semejantes. Su tratamiento escapa a las intenciones de esta exposición. A dicho tema, que ya está padeciendo el desgaste que afecta a la reiteración de un comodín semántico, trasformándolo así en un tópico banal, dediqué los tres volúmenes de *La trama de la identidad nacional*, a los que, a mayor abundamiento y sin caer en el pecado de la soberbia, me remito.<sup>1</sup>

---

1 Daniel Vidart. *La trama de la identidad nacional*. Banda Oriental, Montevideo. T° 1° Indios, negros, gauchos, 1997; 2°: El diálogo ciudad-campo; T° 3°, El espíritu criollo, 2000.

Vamos, entonces, a emprender una rápida incursión sociocultural, y a la vez histórica, en el territorio donde se hunden las raíces de los linneanos *Homo albus*, *Homo rufus* y *Homo niger* del árbol antrópico que dio vida al mundo somático y cultural de la Patria Vieja y cuyos renuevos integran el pueblo que ayer fue oriental y hoy es uruguayo.<sup>2</sup>

Los portadores primarios del legado africano, o melanoafricano como mejor conviene decir, son los descendientes de aquellos esclavos traídos a la brava por el infame comercio negrero desde las zonas occidentales, centrales y meridionales de la inmensa región sudahariana. En dicha porción continental del África se extienden los territorios del Sudán (“país de los negros”, topónimo proveniente del árabe *bi-lad as-Suda’n*), de Guinea (denominación quizá derivada del bérbere *aguinui*, “color negro”) y de los pueblos de la meridional macroetnia bantu. *Ban tu* – sin el acento agudo en la letra final, pues éste no existe en los idiomas de aquel populoso conglomerado humano – significa en dicha lengua “nosotros los hombres”. No fueron esclavizados ni los etíopes, ni los somalíes, ni los nilóticos, ni los minúsculos pigmeos, ni los gigantescos massai, ni los khoisánidos (hotentotes y bosquimanos), ni los errantes pastores peuls, entre otros pueblos.

Antes de entrar en el desarrollo del tema quiero efectuar dos puntualizaciones. La primera es negativa o, mejor dicho, restrictiva. En efecto, no voy a ocuparme una vez más de la destituida dramaturgia del candombe, que en el África era de carácter ritual y que en el Río de la Plata fue desacralizada por la deculturación avasallante que padeció la herencia cultural africana.<sup>3</sup> Ello supone un recorte selectivo, por razones de espacio y de tiempo, que dejará afuera de esta exposición el detallado tratamiento que merecen, mirados con la óptica del antropólogo, los integrantes de las comparsas de negros y lubolos. Estos últimos son los blancos ayer pintados de negro. Los tamborileros de cutis blan-

---

2 Sobre este tema trato en un ensayo que publicaré en un próximo libro, donde distingo las diferencias demográficas, sociales y culturales existentes entre los “bravos orientales” de la epopeya artiguista – el período histórico que yo denomino paleocriollo – y los uruguayos que, luego del llamado “malón gringo” sin mucha puntería conceptual, elaboran otras cosmovisiones generadas por nuevos géneros y estilos de vida, al tiempo que deben ser adoctrinados desde el Estado acerca de la idea y el sentimiento de nación. Este *pathos* del “nosotros” ya existía, siquiera en agraz, en los tiempos de la Banda Oriental, donde un mundo triétnico estaba dando vida somática y contenidos simbólicos a lo que Darcy Ribeiro llamara un “Pueblo Nuevo”

3 Marcelino Bottaro explica en su nota sobre “rituales y candombes”, escrita en una antología recopilada por una autora inglesa, que “Toda vez que se ha querido escribir acerca de los ritos practicados por los negros africanos se les distinguió con el término hispanoamericano de ‘candombes’ (bailes de negros). No obstante, la verdad es que la mayor parte de tales ritos, corales o eurítmicos, poseen diferentes características. Antiguamente eran ritos y en tiempos más recientes se llamaron candombes”. Nancy Cunard, *Negro*. Wishart & Co. London, 1934, p.519.

co, al que ya no tiznan, hoy salen en compañía de los negros, como sucede cada vez con mas frecuencia debido a la creciente leucodermia impuesta por el mestizaje. Ello supone que quedarán afuera las citas de las investigaciones emprendidas por el inolvidable Lauro Ayestarán sobre las “cuerdas de tambores” (los cuatro distintos tipos de tambores) y el espectáculo de las “llamadas”, que las imposiciones de los *mass media* y otros factores de origen interno han ido desnaturalizando o, mejor dicho, trasformando, porque todo fenómeno cultural es un dinámico tributario de la historia. Finalmente tampoco he de referirme a la presencia diacrónica y sincrónica de la negritud en el carnaval afro uruguayo, fenómeno sociocultural cuya bibliografía incluyo en un libro sobre una festividad que ha sido objeto de múltiples valoraciones y descripciones, algunas excelentes y otras inficionadas por el lugar común y el folclorismo sentimental.<sup>4</sup>

La segunda puntualización es de carácter positivo, y me animaría a decir que reviste carácter moral y axiológico, en el entendido que al mencionar la axiología – un término creado por Wilbur Urban en el 1906 - procuraré ubicar el tema afro uruguayo en el campo de la escala jerárquica de los valores, un ámbito filosófico inaugurado por Lotze, Windelband, Rickert y Max Scheler, entre otros tratadistas de los primeros decenios del siglo XX, y de relativamente cercana reaparición. En efecto, Ronald Inglehart y su equipo de la Universidad de Michigan han resucitado, a partir del 1970, el universo de los valores como una levitante superestructura cuyo descenso de un abstracto Empíreo sobre las conductas e ideologías sociales invierte el camino que de la existencia lleva a la conciencia. A los integrantes de un sector hambreado, explotado y marginalizado de una nación, aquel *lumpemproletariat* al que ya nadie cita, no se le pueden inculcar “valores” sin antes proporcionarles trabajo, comida, salud y educación. Lo demás, como dice la Biblia, vendrá “por añadidura”.

En consecuencia, procuraré señalar la importancia que tiene para el enriquecimiento y dignificación del patrimonio nacional una doble operación del espíritu relacionada con los derechos y deberes humanos, anverso y reverso de una misma moneda a la vez jurídica y ética. Dichos derechos y deberes deben cobrar vigencia en las actitudes y conductas asumidas por los uruguayos auto considerados pertenecientes a la “raza” blanca – el término raza ha sido ya descartado por la ciencia y la decencia – ante nuestros compatriotas, semejantes y conciudadanos- ¿y por qué no hermanos de ideales y proyectos históricos?- procedentes de la ya lejana cuna africana.

---

4 Daniel Vidart. *El espíritu del carnaval*. Banda Oriental Montevideo. 2001, pp. 159-162

En el dominio de los deberes ha de producirse un salto cualitativo en las conciencias. Todos los hombres somos iguales ante la ley y la consideración pública, pues sólo nos diferencian los “talentos y virtudes” propios de cada persona y no de cada individuo, como a veces se dice. La persona es una portadora de valores (y desvalores, tal cual advertía Max Scheler al advertir la perpetua “polaridad” existente entre lo malo y lo bueno, los dos extremos que provienen de la dual condición del género humano). El individuo contrariamente, es el ente somático indiviso, un cuerpo, un número, y no el dueño de un *animus* pensante y un *anima* sensible. Los negros, los mulatos, los tercerones, los cuarterones son, como nosotros “los blancos”, integrantes de un mismo género y una misma especie que se denomina *Homo sapiens sapiens*. Pero aunque lo proclamemos desde el púlpito no sucede lo mismo en la procesión. Es preciso abolir el etnocentrismo europeizante que aún perdura entre los uruguayos de epidermis clara, algunos de cuyos antiguos representantes de la oligarquía colonial y del patriciado criollo - recordemos solamente a Maciel, el “padre de los pobres”- se enriquecieron gracias a la infame trata de negros. El etnocentrismo fundado en la intrascendente aunque visible posesión de algunos rasgos físicos, a los que se suma la burla del prejuicio popular y la arrogancia y el desprecio de las clases dominantes, ha fomentado desde muy temprano las actitudes discriminatorias, la existencia de un racismo solapado o agresivo, la exclusión y marginalización de los negros y mulatos, por más que proclamemos a grito pelado que aquí, en la igualitaria patria de Artigas, “naides es más que naides”.

Mi contribución al Día del Patrimonio Nacional procurará, en consecuencia, reivindicar la fecunda presencia del legado afrouruguayo en la génesis de nuestra identificación e identidad nacionales. Procuraré señalar también, con la mayor nitidez posible, aquellos detestables rasgos de la minusvalía mental y cultural recaída sobre el negro a partir del saqueo del Africa por la trata de esclavos llevada a cabo por sobornados jefecillos tribales, traficantes árabes musulmanes y comerciantes de la cristiandad europea. En ese entresijo de intereses e ideologías nacieron las sevicias impuestas a millones de aprisionados, trasterrados y degradados seres humanos cuya historia total, la del hemisferio americano y la del hemisferio africano, complementarios en el espacio de la violencia y en el tiempo de la humillación, todavía no ha sido escrita. Hay sí, notables estudios acerca de la esclavitud antigua y moderna; hay también un renacimiento auspicioso de las investigaciones llevadas a cabo por intelectuales y científicos africanos acerca de una larga, por momentos eminente, y a la vez dolorosa

historia<sup>5</sup> pero falta una visión conjunta, holística, que camine *pari passu* con los papeles culturales desempeñados por las comunidades melano africanas en el Viejo y el Nuevo Mundo. Al cabo se trata de una especie de arqueo de caja para compulsar las relaciones económicas y sociales existentes entre el debe y el haber que figuran en la contabilidad de los dominantes y los dominados, lo que habría de culminar -¿es o no ésta la hora, como se proclama en manifiestos, congresos y conferencias, del retorno triunfal de los Derechos Humanos, expresados con el énfasis voluntarista de una posmoderna y globalizada teoría reivindicatoria?- en un planetario esfuerzo para restablecer el entrecortado diálogo entre la libertad y la justicia .

Hay algo más, relacionado con lo anterior, y lo adelante. No se ha escrito aún una historia de la esclavitud rioplatense que se remonte, por una suerte de ascensión capilar, hacia los hogares tribales desde los cuales fueron secuestradas aquellas humanidades melanodermas ,y mas allá aún, hasta los siglos de grandeza política y esplendor cultural -Tombuctú fue en su momento la ciudad más poblada del mundo y la sede máxima del pensamiento y el arte africanos, en parte islamizados- que exhibieron las riquezas alcanzadas por los imperios de Ghana, Mali, Shongay y Kanem-Bornú, entre otros.

Pero lo extraño y arbitrario, por no recurrir a calificativos más duros, es que nuestra Universidad no cuente con un Departamento de Estudios Africanistas y que en los programas de estudio se desmesure la influencia de los pueblos indígenas nómicos, de los que ya no quedan grupos tribalizados, aunque perduren las memorias de su antiguo e irreducible heroísmo. Apunto, al pasar, que la exaltación de las virtudes de los charrúas, lo que ha derivado en un charruismo fundamentalista, ha cobrado vuelo en detrimento de la notoria gravitación civilizadora de los guaraníes cristianizados y eurotecnificados que modificaron la fisonomía económica, demótica y sociocultural de esta Banda y la Mesopotamia argentina luego de la Real Pragmática de Carlos III que acabó con la Misiones Jesuíticas. El legado de los guaraníes en la formación de la cultura paleo criolla ha tenido una importancia poco subrayada por quienes estudian los orígenes de la “historia patria”.

Pero hay algo más todavía, y esto es lo que yo deseaba señalar muy enfáticamente. Los numerosos y tangibles descendientes de

---

5 Quienes procuren beber en las fuentes de la historia antigua y reciente de los pueblos africanos deben consultar obligatoriamente dos trabajos fundamentales .Uno es la *Historia General de Africa*, en siete grandes tomos publicados a partir del año 1982, cuyos capítulos fueron escritos en su inmensa mayoría por académicos africanos (Tecnos -UNESCO ), y otro es el resumen, o introducción, sea como se le considere, a dicha obra magna , constituido por los dos densos y documentados volúmenes del libro de Joseph Ki- Zerbo, *Historia del Africa negra*, Alianza Editorial, Madrid , 1980

africanos, sus prótesis culturales, su presencia artística, su mundo laboral, su proximidad afectiva, es decir, el *con-vivir* en el seno del pueblo uruguayo en cuanto que legítimos integrantes del mismo y el *existir* en el patrimonio nacional en tanto que genuinos participantes en su construcción histórica, continúan ausentes de los programas de enseñanza primaria, secundaria y superior. Los negros están entre nosotros, sobreviven somática y culturalmente, trabajan, votan, son, como los demás compatriotas, ciudadanos con los mismos derechos y obligaciones proclamadas por la Constitución de la República aunque todavía no figuran en pie de igualdad en la consideración personal y colectiva de un crecido número de compatriotas. Sus aportaciones, que van mucho más allá de lo folclórico y pintoresco exhibido por las comparsas en el carnaval, prolongan las viejas memorias del África lejana, las tradiciones de sus antepasados, las esencias y presencias étnicas cuya importancia sobrepasa el tenue y mitificado legado de los charrúas, si nos atenemos a los datos de la historia y la antropología.. Ello no significa que en el territorio siempre fecundo del mito la “garra charrúa” sea reclamada por muchos descendientes de españoles, italianos, vascos y aún negros – ¿recuerdan a Leandro Andrade? – para ostentarla, con orgullo, en los galones de una quimérica identidad de dominantes raíces amerindias .

Expresado lo anterior, dividiré lo que resta de mi exposición en tres partes. Ellas se referirán a 1) la minusvalía de lo africano en el etnocentrismo de la civilización de Occidente y en el imaginario uruguayo de ayer y de hoy; 2) la relación entre los negros y Artigas, seguida por el papel de los negros como carne de cañón en los ejércitos de la independencia y las guerras civiles, y 3) la contribución del vocabulario africano al idioma y la lengua nacionales.

Comienzo por la minusvalía de lo africano, que por cierto no ha sido una constante en la historia. En efecto, antes que la esclavitud iniciara la caza del hombre en territorio africano, los naturales del mal llamado continente negro- toda la zona bañada por el Mar Mediterráneo y la porción atlántica de Marruecos constituye la también erróneamente denominada “África blanca”, y digo así pues desde Egipto hasta el área berberisca los tipos humanos tienen la piel atezada – habían sido objeto de un tratamiento no discriminatorio y por momentos encomiástico.

En efecto, Homero menciona a “los intachables etiopes”, entendiéndolo por tales a los negros en general, y las narraciones de Herodoto no son denigrantes sino todo lo objetivas que podían ser las noticias de segunda mano. No obstante Diodoro Sículo (siglo I a.J.C.) afirma que fuera de Egipto y el Sudán Meroítico erraban tribus – sin duda melanoafricanas- “ausentes de todo rastro de humanidad”, es decir, que no

eran civilizadas. Entre ellas figuraban “los conductores de elefantes”, los comedores de langostas “(xyllófagos), “los comedores de avestruces” (estruatófagos) y “los comedores de pescados” (ictiófagos).

Cuando los portugueses formados en la escuela de Segres por Enrique el Navegante, el infante real portugués que jamás emprendió viaje marítimo alguno, tocan la costa africana y se adentran en el próximo interior, comienzan a llegar al mundo ibérico noticias acerca de los negros. Y no solamente noticias, como se verá. Gil Eanes arriba al cabo Bojador luego de fracasadas tentativas hacia el 1440. Gonçalves y Tristão llegan al Río de Oro y toman prisioneros a un numeroso grupo los naturales de la zona. Al regreso los llevan a Portugal, iniciando así la trata de esclavos, a los que vendían a buen precio. Tan pingüe resultó el negocio que en el año de 1443 se establece una factoría en la “terra de negros” para capturar esclavos que, de a poco, inundan la Península, porque España, algo más tarde sigue el ejemplo. Pero no se crea que este comercio de negros aprisionados luego de cruentas cacerías es cosa del medioevo. Los egipcios construyeron las pirámides y sus gigantescos templos utilizando esclavos negros. También hicieron uso de ellos los cretenses, los fenicios, los cartagineses, los griegos y los romanos, que además cautivaban a los vencidos en las guerras y que, por añadidura, como cuenta Hesiodo, convertían en esclavos a los deudores morosos. Ramsés, el faraón conquistador, opinaba allá por el 1250 a.J.C., que los habitantes del Sudán tenían las narices repelentemente aplastadas, que su cabello era feo y ensortijado, que su piel, negra a más no poder, repugnaba, y que su real persona no podía contener un sentimiento de desprecio ante aquellos seres que “vivían como bestias y desconocían las virtudes de la hospitalidad”. También los beréberes y los árabes se ocuparon de conducir a los futuros esclavos hacia los litorales de los océanos Atlántico e Índico, a tal punto que, mientras los grandes geógrafos Ibn Batuta, Al-Idrisi, Ibn Hawkal, Hal-Hasan (Juan León el Africano) y Abú al-Fida, que en distintas épocas viajaron por el Africa profunda, se maravillaban con el esplendor de los imperios nigríticos del Sudán, las hordas de “cazadores” abastecían, en el macabro intercambio de una nueva “hermandad de la costa”, a los barcos negreros de las naciones europeas que se involucraron en el rendidor negocio de la trata de carne humana.

Al tiempo que los primeros navegantes portugueses que tocaron las costas africanas y los grandes geógrafos y viajeros árabes relataban con relativa objetividad los usos y costumbres de las humanidades africanas, no dejó de resonar el eco de viejas diatribas. Por ejemplo el famoso médico griego Claudio Galeno (131-201) enumera nueve rasgos físicos y dos culturales de los negros africanos. Los anatómicos

son los siguientes: cabellos motosos, barba rala o inexistente, narices chatas con anchas ventanas, labios gruesos y evertidos, dientes muy blancos y poderosos, piel maloliente a causa del sudor, cara muy oscura, dedos gordos del pie muy separados y miembro viril sumamente largo. Los rasgos culturales son la propensión a “una ruidosa hilaridad” y el “total desconocimiento de una vida política o ciudadana”, que puede traducirse como la ausencia total de civilización .

Los mecanismos del prejuicio, que corren de la mano con el etnocentrismo, ya funcionaban en el mundo clásico. Un siglo antes que Galeno, al referirse el romano Cicerón a los antepasados de los ingleses expresaba lo siguiente: “No conviene elegir esclavos británicos. Son tan estúpidos e incapaces de aprender que no pueden formar parte de la servidumbre de los atenienses”. Tampoco escaparon al denuesto racista los actuales y orgullosos europeos. En el siglo XI, cuando florecían esplendorosamente en España las artes y el pensamiento del mundo musulmán, un erudito islámico, Saïd de Toledo, opinaba que “las gentes del norte de los Pirineos tienen el temperamento frío y no maduran nunca. Ostentan una elevada estatura y una piel muy blanca. Carecen de la menor agudeza mental y es nula su capacidad intelectual”.

Volvamos al África y a la tanda de epítetos infamante caídos sobre los países y los hombres de ese macizo continente.

Livingstone, el explorador misionero, dijo que el Africa era un continente tan antiguo que su piel estaba agujereada por sus huesos. Ratzel, el antropólogo y geopolítico alemán, juzgaba que el Africa era un solo y gigantesco conjunto de ecos más o menos debilitados de las civilizaciones asiáticas, entre las cuales incluía la egipcia (¿acaso los libros de alto nivel académico no incluyen también a Egipto en la Media Luna de las Tierras Fértiles, emplazándolo en un Oriente falaz, que se burla de la geografía y de la historia africanas?). Frobenius, el famoso africanista, fundador de la revista *Paideuma*, consideraba que todo cuanto tienen de notable las culturas africanas vino desde el exterior. De tal modo a partir de las ruinas que señalan las “puertas de entrada” distingue tres grandes áreas culturales: la centro-eritrea, originada por una corriente que proviene desde Indonesia, India, Persia y Arabia; la sirtica, acarreada desde el Asia Occidental, la provincia tracio-frigia y Europa sudoriental, y la atlántica, donde los tartessos, etruscos y otros pueblos euroasiáticos introdujeron sus objetivaciones culturales (artefactos) y mundos simbólicos (mentefactos) en el litoral oceánico que va desde la Costa de Marfil a San Pablo de Loanda. A partir de estos puntos de entrada los tres legados extranjeros se expanden África adentro y nadie debe sorprenderse de la belleza de los bronce de Benin ni de las colosales ruinas de Zimbabwe porque son el reflejo de luminarias culturales alóctonas. Hoy los africanistas han demostrado que ambos



prodigios, entre tantos más, son exclusiva obra de los africanos. Toda la argumentación de Frobenius obedece a la pertinaz recurrencia del mito de la incapacidad del hombre negro, revalidado en este año 2007 nada menos que por un premio Nobel, James Watson, quien le atribuyó una inteligencia inferior a la del hombre blanco.

Visto lo anterior vamos a examinar ahora algunas de las afirmaciones de grandes pensadores y pseudo científicos, amén de las opiniones racistas y discriminatorias del hombre común, cuya mentalidad etnocéntrica configura uno de los productos espurios engendrados por la orgullosa civilización de Occidente (¿Occidente de qué, si la tierra es un planeta esférico?).

Previamente, para partir de un punto de arranque teológico y moral, recurramos a la Biblia, cuyos distraídos -o maliciosos- lectores afirman que la maldición de Noé recae sobre Cam, que en hebreo significa el de la piel quemada por el sol, el de la piel oscura. Veamos qué nos cuenta la versión del más autorizado traductor del *Bereshit* (el comienzo) o sea el Génesis, cuando varó el Arca en tierra firme luego del Diluvio -según los datos de la propia Biblia el agua subió solo siete metros sobre el nivel del mar- y Dios bendijo a Noé y a sus tres hijos Cam, Sem y Yafet. Conviene aclarar que Dios, por entonces era denominado Elohim, el principal entre otros dioses, término que revela el henoteísmo imperante en el Génesis. Elohim recién en el Éxodo se llamará Jahve, ya que Moisés lo adoptó a partir de su paso por el oasis de Madián, donde se casó con una negra.

“Noah, [Noé] el labriego inicia su labor y planta un viñedo / bebe el vino y se embriaga/. Se exhibe (desnudo) en la tienda./ Ham [Cam] el padre de Kena’ane [Canaan] contempla el sexo de su padre./ Informa de esto a sus hermanos que estaban afuera./Shem [Sem] y Yaphet [Yafet] toman la túnica, la colocan sobre sus / espaldas y reculando recubren/ el sexo de su padre./Van con las caras vueltas para no ver el pene de su padre./Noah se despierta de su borrachera./ Sabe lo que le ha hecho su hijo menor./ El dice: /Kena’ane está maldito,/ esclavo de esclavos será para sus hermanos.<sup>6</sup>

Acá sobreviene una confusión que ya es milenaria. Noé no maldice a su hijo Cam, el de la piel quemada por el sol -aunque no negro-, sino a su nieto Canaan. No podía maldecir a Cam, por otra parte, porque éste ya había sido previamente bendecido por Dios. Los hijos de Cam eran cuatro: el citado Canaan, de piel clara, ancestro de los cananeos, enemigos jurados de los hebreos y viceversa; Mizraim, progenitor de los egipcios; Kush, el antepasado de los etíopes y Put, antecesor de los somalíes. Los tres últimos son de piel oscura, y por este lado viene

---

6 André Chouraqui. *La Bible*, Desclée de Brouwer, Paris, 2003

aquello de la Biblia esgrimida por los boers sudafricanos para justificar su matanza de los zulúes y los horrores del *apartheid*. De igual modo recurrieron a la maldición de Noé los plantadores de algodón en el sur de los Estados Unidos para concederle antecedentes veterotestamentarios a la institución de la esclavitud, que tan bien servía a sus intereses sociales y económicos.

En el siglo XVIII, el de la Ilustración, el de las Luces, el del apogeo de la Diosa Razón, pensadores y científicos de renombre denigran la condición humana de los africanos.

Hume ( 1711- 1778 ), eminente filósofo inglés, decía que “no tienen industrias originales, ni artes, ni ciencias”. Linneo (1707-1778), el naturalista sueco, al establecer las características de las cuatro razas por él reconocidas, mezclando caprichosamente lo somático con lo cultural, tampoco pudo escapar al prejuicio europeizante. Las virtudes que atribuye a la raza blanca encabezan la tabla y los defectos recaen, implacablemente, sobre la raza negra, que ocupa el último lugar. Veamos entonces cómo agrupó y calificó las razas humanas el famoso autor del *Sistema de la Naturaleza*, en la última edición (1758) de su tratado:

*Homo europeus albus*. Blanco, sanguíneo, pelo rubio abundante, ligero, fino, ingenioso. Lleva ropas ceñidas. Se rige por leyes.

*Homo asiaticus luridus*. Cetrino, melancólico, grave: pelo oscuro, ojos rojizos. Severo, fastuoso, avaro. Se viste con ropas amplias. Se rige por la opinión.

*Homo americanus rufus*. Rojizo, bilioso, recto; pelo negro liso y grueso; ventanas de la nariz dilatadas; cara pecosa, mentón casi imberbe. Obstinado, alegre, vaga en libertad. Se rige por costumbres.

*Homo afer niger*. Negro, indolente, de costumbres disolutas. Pelo negro, cespido; piel aceitosa, nariz simiesca, labios gruesos. Vagabundo, perezoso, negligente. Se rige por lo arbitrario.

Montesquieu (1689 – 1755), el autor del influyente tratado jurídico-político *El Espíritu de las Leyes* (1748), penetrado por la ideología - esa “falsa conciencia” interpelada, e interpretada, por Engels - dice en el capítulo V del Libro XV de aquella obra la siguiente serie de barbaridades: “Si yo tuviera que defender el derecho que nosotros tenemos [los imperialistas europeos asentados en las Antillas, claro está] para someter a los negros a la esclavitud, diría lo siguiente: Habiendo exterminado los pueblos de Europa a los de América hicieron esclavos a los del África para cultivar la inmensidad de aquellas tierras. El azúcar [de los plantadores franceses en Martinica, naturalmente] sería demasiado caro si no trabajaran los esclavos en su producción. Dichos esclavos son negros desde los pies hasta la cabeza y tienen la nariz tan aplastada que es casi imposible tenerles lástima. No es posible hacerse

la idea de que Dios, quien es un ser muy sabio, haya puesto un alma, y sobre todo un alma buena, en un cuerpo enteramente negro [...] Es imposible que nosotros supongamos que estas gentes sean humanas, porque si tal cosa supusiéramos, empezaría a creer que nosotros no somos cristianos. Hay espíritus pequeños que exageran demasiado la injusticia que se les hace a los africanos”.

Los comentarios sobran, de modo que le toca ahora el turno a Hegel quien consideró que los pueblos del África y América estaban fuera de la historia porque eran tributarios de la pura geografía.

En *La Filosofía de la Historia Universal* (1830) Hegel dedica un breve capítulo al África porque en la zona donde viven los negros “no puede haber en realidad historia”. Sólo existe allí, en el “corazón de las tinieblas” como llamaba Conrad a la selva, “una serie de sujetos que se destruyen”. “En estado de salvajismo hallamos al africano” quien “representa al hombre natural en toda su barbarie y violencia”. “Para comprenderlo exactamente debemos hacer abstracción de todo respeto y moralidad, de todo sentimiento. Todo esto está demás en el hombre inmediato, en cuyo carácter nada se encuentra que suene a humanidad. Por eso, precisamente, no nos es fácil imaginar su naturaleza por dentro, como no podemos compenetrarnos con un perro...” “Los negros poseen [...] ese perfecto desprecio por el hombre que propiamente constituye la determinación fundamental por la parte del derecho y la moralidad. Es increíble lo poco, lo nada que vale el hombre en África”. “Si en Africa el hombre no vale nada se explica que la esclavitud sea la relación jurídica fundamental”. Hay mucho más: en la diatriba hegeliana. Con lo visto alcanza, pues el eminente filósofo del idealismo alemán desemboca, como era de suponer luego de toda esta serie de denuestos, en el racismo rampante cuyo fin último es la justificación jurídica y moral de la esclavitud.

En su cátedra de Oxford, el profesor Hugh Trevor-Roper explicaba a sus alumnos, ya en pleno siglo XX, que históricamente no existía el África. “Puede ser que en el futuro se pueda enseñar una historia africana. Pero hoy en día dicha historia no existe: solamente existe la historia de los europeos en el “África. Lo demás son tinieblas y las tinieblas no constituyen el objeto de la historia”. ¿Desde que tipo de historia partía el pensamiento del insigne profesor? ¿De la historia acontecimiento o de la historia narración? Quienes piensan que la historia es solamente la escrita están aferrados a la dogmática concepción de que solo los pueblos con escritura son los pueblos históricos e historizantes, ya que al escribir la historia de los pueblos pre -alfabetos o ágrafos le concedieron a éstos el dudoso privilegio de entrar al patio trasero de la protohistoria. Dicho término debe ser desterrado al igual que el

de prehistoria. Es preciso partir de la historia acontecimiento, de la praxeohistoria y no de la historia escrita o grafohistoria.

El hombre es un ser histórico. Es el padre y a la vez el hijo de la historia. La historia de los humanos es la única posible. No hay Historia Natural. La naturaleza no tiene historia: constituye el reino del azar y de la necesidad. La historia es como decía Croce, “la hazaña de la libertad”. Y la libertad es cosa humana. Un león no vaga por la sabana consciente de su libertad: es un animal suelto, es un fragmento semoviente de la naturaleza, un puñado de instintos y no un portador de valores.

De tal modo al referirnos al paleolítico estamos tratando de la arqueohistoria, y cuando llega el neolítico se entra al dominio de la paleohistoria. Pero por ahora el tema es otro y a él volvemos.

Hay muchos autores más que consideran a los africanos fuera de la historia. Pero lo grave del asunto reside en quienes consideran a los pueblos melanoafricanos como una despreciable, o, mejorando las cosas, como una desdeñable parte del género humano. Hacia el año 1957 un señor Gaxote, escribiendo en *La Revue de Paris* afirmaba que los negros “no han dado nada a la humanidad y por tanto no debe dudarse que en ellos existe algo que lo ha impedido. No han generado nada, ni un Euclides, ni un Aristóteles, ni un Galileo, ni un Lavoisier, ni un Pasteur”. Pero mucho más imperdonable es lo que afirma un sedicente etnólogo hacia el año 1952 en su libro *Los pueblos de la Tierra*. En él, su autor, José Serra Rafols, al referirse a los sudaneses expresa opiniones falsas y capciosas, tales como las que se transcriben: “Moralmente no parecen presentar condiciones muy favorables: el clima enervante los hace perezosos e indolentes y también imprevisores. Su conciencia moral rudimentaria y el escaso sentido de su propia dignidad los han hecho caer fácilmente en la esclavitud. Poseen, en cambio, un fuerte instinto musical. Se cree que son incapaces de progresos por sí solos en el ambiente físico en que viven. Un cambio en este ambiente puede favorecer su desarrollo moral. En efecto, los sudaneses fueron la raza africana que más contribuyó a nutrir el comercio de esclavos con destino a América y entre los negros americanos se observa un nivel moral e intelectual superior a sus antecesores”.

Sin duda alguna los ha redimido la esclavitud. Pero este profesor ignora u olvida que no obstante un clima de calor agobiante los mayas de Yucatán fundaron una civilización extraordinaria y que los antecesores de los sudaneses que él desprecia fueron capaces de crear ricos y poderosos imperios en el siglo XVI, en el mismo “ambiente físico” donde fueron esclavizados sus descendientes y donde hoy perviven las culturas sudanesas, cuyas cosmovisiones, artes, mitologías y cultos re-

ligiosos han sido estudiados y ensalzados por serios y honestos antropólogos, sociólogos e historiadores contemporáneos.

Dejando de lado las ideologías racistas, malos tratos, discriminaciones y crímenes cometidos por los plantadores de algodón estadounidenses y sus descendientes, y por los *boers* sudafricanos y sus herederos que, Biblia en mano, se remitían a la Maldición de Noé, centremos la atención en estas latitudes rioplatenses.

En *Cosas de Negros*, un libro publicado la ciudad argentina de Córdoba hacia 1926 nuestro compatriota Vicente Rossi, nacido en Santa Lucía, Canelones, se despachaba con estos estereotipados conceptos: “Era inútil preguntarles sobre cosas de su raza o de su tierra, no conseguían evocar el más fugaz recuerdo; y ya sea por su característica complacencia o porque los apremiaba el respeto debido al que los interrogaba, respondían generalmente con un ingenuo disparate, seguros de que habían obedecido e ignorando lo que habían contestado[...]. Se requería cierta paciente táctica para explicarles y hacerles reconocer alguna orden; la lección era al fin aprovechada pero con las incertidumbres propias de un pensamiento infantil. Parece que esta raza secuestrada y sometida a las torturas de la esclavitud, se hubiera idiotizado, perdiendo hasta la noción de lo que fue. Y es de creerlo así porque el hombre negro en estas tierras: de hombre la figura, de fiera la fealdad. Discurría como un niño, obedecía como un perro. Su conformación tan defectuosa y descuidada, podría explicar en mucho aquellas particularidades. La Naturaleza le ha hecho a esta raza la mala pasada de darle el don de la palabra y negarle el del buen discernimiento; y abusando de sus recursos dando a la Humanidad en el hombre blanco la obra y en el negro la caricatura. Bajo tan desolada estética se cobijaron, sin embargo, virtudes que compensaron singularmente el desacierto en el rasgo y el color: el hombre africano fue honrado y fiel. De ejemplar moralidad, estoico para todos los dolores; no cultivó ninguna ambición, ni aún la del dinero.[...] Su infantil criterio lo salvó de apasionamientos; le evitó el dolor moral...”

No es necesario deconstruir este relato tremendamente ideologizado. Alcanza con decir que se toman los efectos en lugar de las causas. Cuando llega la tardía hora de la manumisión el negro rioplatense es relegado al sótano del edificio social. Es un pobre de solemnidad: únicamente sirve para los *dirty jobs*, como se dice en los EE.UU. Sólo cuenta como mal renumerada mano de obra y en vez de ser hombre es un par de manos callosas y sufridas, acostumbradas a los trabajos sucios y duros. En cuanto a su reducción a un par de manos no nos sobresaltemos demasiado porque durante la Revolución Industrial del siglo XVIII los empresarios ingleses al referirse a los obreros no los

consideraban *men* sino *hands*. Es decir, manos y no hombres. Durante el coloniaje el ocioso español o el empinado criollo no trabajaban. Lo hacían los negros. El testimonio del padre Cayetano Cattáneo, que data del año 1730, es muy ilustrativo. Al referirse a los negros esclavos del Río de la Plata expresa: "...son los únicos que en todas estas provincias sirven en las casas, trabajan en los campos y en todos los otros oficios. De no ser por los esclavos no sería posible vivir aquí pues ningún español, por pobre que sea, quiere trabajar.[...] Los negros lo hacen todo".

Finalmente, trasladémonos a nuestra contemporaneidad y a la democrática República Oriental del Uruguay. Hacia el bienio 1956- 1957 un grupo de alumnos de la Facultad de Humanidades dirigido por Paulo de Carvalho Neto realizó un interesante trabajo de campo. Interrogados los portadores de opinión, que en este caso eran adolescentes montevidéanos, todos "blancos", un 77% contestó que no se casarían con un negro (o una negra), el 42% que no consentiría que un hermano(a) se casara con un negro(a), el 61 % creía que sus padres no invitarían un negro a un cumpleaños familiar, el 16 % no aceptaría empleados domésticos negros y el 14 % no deseaba tener vecinos negros. Los "pardos", término que englobaría al mulato y al mestizo aindiado, recibieron un tratamiento mas o menos semejante.

Preguntados los negros sobre qué conducta seguir para evitar la discriminación, un grupo mayoritario contestó: "darse el lugar que a cada uno le corresponde", "no exponerse", "actuar con tacto", "trabajar conscientemente", "proceder bien", "respetar", "ser honesto", "tener buen comportamiento y disciplina", "vestirse bien de modo de no ser criticado". Las respuestas se remiten a la internalización de las hegelianas relaciones entre el "amo" y el "esclavo". En ellas se traslucen la enajenación mental y moral, el servilismo conformista, el ciego acatamiento de un *status* denigrado, donde la "línea de color" coincide con la línea de la pobreza.<sup>7</sup>

Transcribo de un trabajo que escribimos junto con Renzo Pi Hugarte los resultados de una encuesta sobre estereotipos nacionales y raciales realizada por el citado antropólogo, Juan Rudolf y Germán Wettstein en 1958. Contestaron el cuestionario los alumnos de liceos montevidéanos y sus opiniones son las que siguen: "Las imágenes preconcebidas referentes al negro llevaron a calificarlo, principalmente, como humilde, bueno, sufrido, trabajador, ignorante, bruto, desgraciado, y al mulato como humilde, sufrido, desgraciado, trabajador. Un análisis mas fino de las respuestas demostró que los juicios favorables al negro -tales como simpático, sentimental, amistoso, laborioso, inteligente- significaron un

---

7 Paulo de Carvalho Neto. *Investigaciones sociológicas afro-uruguayas*. Quito, 1963

27 % de los emitidos, en tanto que los desfavorables -como haragán, despreocupado, bruto, ignorante, servil, rencoroso- alcanzaron un 72,8%.”<sup>8</sup>

En la actualidad el negro adquiere protagonismo público -y esto no apunta a lo que significa como persona, como interlocutor válido, como semejante en la consideración ciudadana e idéntico portador de derechos humanos- durante el carnaval. Hay mucha gente aprendiendo a tocar tamboriles, pasos de danza, y demás quincallería anecdótica de un folclore urbano oficialmente encomiado y estimulado, pero pocos o ninguno son los liceales, los corredores de bolsa, los profesores, los arquitectos, los diputados o los generales, por limitarnos a unos ejemplos, pertenecientes a la comunidad afrouruuguaya. El prejuicio se ha afinado y sutilizado en las expresiones del lenguaje callejero y en los juicios emitidos por los *mass media*, pero las alharacas acerca de la igualdad existente entre los hijos de este país no corren sobre las dos vías paralelas que conforman hasta hoy la línea de color y la línea de la pobreza. Subsisten la discriminación, el callado desprecio, y a lo más, un sentimiento de lástima por la orfandad social y la sumersión económica de los negros. Pero nada más. Tal vez el mestizaje creciente, con los años, vaya haciendo justicia por intermedio de los genes y no por las pautas favorables de la cultura que el “hombre blanco” considera de su exclusiva propiedad. O, la pregunta también cabe: ¿no sucederá todo lo contrario y una pequeña elite dueña del saber, el tener y el poder, y blanca por añadidura, extenderá su desprecio y dominio sobre esa creciente población de piel oscura, ubicada en la base de la pirámide social?

---

<sup>8</sup> Renzo Pi Hugarte – Daniel Vidart. *El Legado de los inmigrantes – I*. Nuestra Tierra n° 29. Montevideo, 1969